



«Instrumentos para  
construir una paz duradera»

Mensaje del papa Francisco y materiales para la reflexión



Jornada Mundial de la Paz  
1 enero 2022

# **Instrumentos para construir una paz duradera**

Mensaje del **papa Francisco**  
y materiales para la reflexión

1.<sup>a</sup> edición: mayo, 2022

Maquetación: Servicio de Publicaciones del Obispado.

Imprime: Gráficas Hispania. Campos Vassallo, 20. 03004 Alicante.

# Índice

---

<b>1. Introducción.....</b>	<b>5</b>
<b>2. Mensaje del santo padre Francisco para la celebración de la 54 Jornada Mundial por la Paz 2021 .....</b>	<b>7</b>
<b>3. Presentación del trabajo. Cuestionario para el trabajo comunitario del mensaje .....</b>	<b>15</b>
<b>4. Materiales complementarios</b>	
4.1. Una presentación audiovisual del mensaje.....	17
4.2. Experiencias y propuestas .....	17
4.2.1. Camboya: un diálogo entre mayores y jóvenes.....	17
4.2.2. Educar la mente para construir la paz .....	20
4.2.3. La propuesta del «Pacto Educativo Global» .....	22
4.2.4. Trabajo decente para «construir la paz» .....	24



Como viene sucediendo desde 1968 todos los años la Iglesia celebra el 1 de enero la Jornada Mundial de la Paz, establecida por el papa san Pablo VI en su mensaje de diciembre de 1967. En aquel momento el trasfondo era la guerra de Vietnam y el llamamiento a un alto el fuego en un conflicto que se prolongaba desde 1955.

Cuando el papa Francisco publicó el Mensaje para 2022 no había empezado todavía la guerra en Ucrania, aunque desde noviembre ya se había iniciado un despliegue militar de Rusia cerca de la frontera ucraniana. Había cierta preocupación pero también cierta confianza de que una guerra por una invasión de Ucrania era poco probable. Pero, a los 40 días de la Jornada Mundial de la Paz, Rusia y Bielorrusia programaron unas maniobras militares que llamaron «Determinación Aliada-2022» del 10 al 20 de febrero en las cercanías de Ucrania. Aumenta la tensión y el 24 de febrero se inicia la invasión de Ucrania y comienza la guerra, con una enorme repulsa mundial, incluido el papa Francisco que ha calificado la guerra como «cruel, inhumana y sacrílega».

Esta dramática situación da actualidad al Mensaje papal para la Jornada Mundial de la Paz de este 2022 en el que se dice: *«Todavía hoy, el camino de la paz, que san Pablo VI denominó con el nuevo nombre de desarrollo integral, permanece desafortunadamente alejado de la vida real de muchos hombres y mujeres y, por tanto, de la familia humana, que está totalmente interconectada».*

El papa ofrece a nuestra consideración tres instrumentos, que hemos de privilegiar, porque son capaces de construir una paz verdadera:

- El diálogo entre generaciones, entre mayores y jóvenes, a fin de enriquecer mutuamente su experiencias y sus proyectos vitales y fortalecer una solidaridad intergeneracional.
- La educación que forme personas que sepan resolver los conflictos de forma pacífica, lo cual implica mayores inversiones en política educativa.
- El trabajo que es compromiso, esfuerzo y colaboración con otros, porque se trabaja siempre con alguien y por alguien. Este instrumento reclama trabajo para todos y trabajo decente, con condiciones a la altura de la dignidad de toda persona.

En esta publicación se ofrece el Mensaje pontificio completo que explica con más detalle lo que se acaba decir, además de unos textos complementarios que nos pueden ayudar a profundizar en este tema siempre importante, pero más en estos trágicos días, y un cuestionario para reflexionar personalmente, pero sobre todo en grupo.

Agradezco al Secretariado Diocesano de Justicia y Paz el esfuerzo por darnos la ocasión de conocer y profundizar este mensaje del papa Francisco con esta publicación, y animarnos así a este esfuerzo tan necesario de equiparnos mental y cordialmente para construir la paz.

**Miguel Riquelme Pomares**  
*Delegado Diocesano de Acción Social y Caritativa*

## Mensaje del santo padre Francisco para la celebración de la LV Jornada Mundial por la Paz

1 de enero de 2022

### *Diálogo entre generaciones, educación y trabajo: instrumentos para construir una paz duradera*

**1. «¡Qué hermosos son sobre las montañas los pasos del mensajero que proclama la paz!» (Is 52,7).**

Las palabras del profeta Isaías expresan el consuelo, el suspiro de alivio de un pueblo exiliado, agotado por la violencia y los abusos, expuesto a la indignidad y la muerte. El profeta Baruc se preguntaba al respecto: «¿Por qué, Israel, estás en una tierra de enemigos y envejeciste en un país extranjero? ¿Por qué te manchaste con cadáveres y te cuentas entre los que bajan a la fosa?» (3,10-11). Para este pueblo, la llegada del mensajero de la paz significaba la esperanza de un renacimiento de los escombros de la historia, el comienzo de un futuro prometedor.

Todavía hoy, el camino de la paz, que san Pablo VI denominó con el nuevo nombre de desarrollo integral [1], permanece desafortunadamente alejado de la vida real de muchos hombres y mujeres y, por tanto, de la familia humana, que está totalmente interconectada. A pesar de los numerosos esfuerzos encaminados a un diálogo constructivo entre las naciones, el ruido ensordecedor de las guerras y los conflictos se amplifica, mientras se propagan enfermedades de proporciones pandémicas, se agravan los efectos del cambio climático y de la degradación del medioambiente, empeora la tragedia del hambre y la sed, y sigue dominando un modelo económico que se basa más en el individualismo que en el compartir solidario. Como en el tiempo de los antiguos profetas, el clamor de los pobres y de la tierra [2] sigue elevándose hoy, implorando justicia y paz.



En cada época, la paz es tanto un don de lo alto como el fruto de un compromiso compartido. Existe, en efecto, una «arquitectura» de la paz, en la que intervienen las distintas instituciones de la sociedad, y existe un «artesano» de la paz que nos involucra a cada uno de nosotros personalmente. [3] Todos pueden colaborar en la construcción de un mundo más pacífico: partiendo del propio corazón y de las relaciones en la familia, en la sociedad y con el medioambiente, hasta las relaciones entre los pueblos y entre los Estados.

Aquí me gustaría proponer tres caminos para construir una paz duradera.

En primer lugar, el diálogo entre las generaciones, como base para la realización de proyectos compartidos.

En segundo lugar, la educación, como factor de libertad, responsabilidad y desarrollo. Y, por último, el trabajo para una plena realización de la dignidad humana. Estos tres elementos son esenciales para «la gestación de un pacto social» [4], sin el cual todo proyecto de paz es insustancial.

## **2. Diálogo entre generaciones para construir la paz**

En un mundo todavía atenazado por las garras de la pandemia, que ha causado demasiados problemas, «algunos tratan de huir de la realidad refugiándose en mundos privados, y otros la enfrentan con violencia destructiva, pero entre la indiferencia egoísta y la protesta violenta, siempre hay una opción posible: el diálogo. El diálogo entre las generaciones» [5].

Todo diálogo sincero, aunque no esté exento de una dialéctica justa y positiva, requiere siempre una confianza básica entre los interlocutores. Debemos recuperar esta confianza mutua. La actual crisis sanitaria ha aumentado en todos la sensación de soledad y el repliegue sobre uno mismo. La soledad de los mayores va acompañada en los jóvenes de un sentimiento de impotencia y de la falta de una idea común de futuro. Esta crisis es ciertamente dolorosa. Pero también puede hacer emerger lo mejor de las personas. De hecho, durante la pandemia hemos visto generosos ejemplos de compasión, colaboración y solidaridad en todo el mundo.

Dialogar significa escucharse, confrontarse, ponerse de acuerdo y

caminar juntos. Fomentar todo esto entre las generaciones significa labrar la dura y estéril tierra del conflicto y la exclusión para cultivar allí las semillas de una paz duradera y compartida.

Aunque el desarrollo tecnológico y económico haya dividido a menudo a las generaciones, las crisis contemporáneas revelan la urgencia de que se alíen. Por un lado, los jóvenes necesitan la experiencia existencial, sapiencial y espiritual de los mayores; por el otro, los mayores necesitan el apoyo, el afecto, la creatividad y el dinamismo de los jóvenes.

Los grandes retos sociales y los procesos de construcción de la paz no pueden prescindir del diálogo entre los depositarios de la memoria —los mayores— y los continuadores de la historia —los jóvenes—; tampoco pueden prescindir de la voluntad de cada uno de nosotros de dar cabida al otro, de no pretender ocupar todo el escenario persiguiendo los propios intereses inmediatos como si no hubiera pasado ni futuro. La crisis global que vivimos nos muestra que el encuentro y el diálogo entre generaciones es la fuerza propulsora de una política sana, que no se contenta con administrar la situación existente «con parches o soluciones rápidas» [6], sino que se ofrece como forma eminente de amor al otro [7], en la búsqueda de proyectos compartidos y sostenibles.

Si sabemos practicar este diálogo intergeneracional en medio de las dificultades, «podremos estar bien arraigados en el presente, y desde aquí frecuentar el pasado y el futuro: frecuentar el pasado, para aprender de la historia y para sanar las heridas que a veces nos condicionan; frecuentar el futuro, para alimentar el entusiasmo, hacer germinar sueños, suscitar profecías, hacer florecer esperanzas. De ese modo, unidos, podremos aprender unos de otros» [8]. Sin raíces, ¿cómo podrían los árboles crecer y dar fruto?

Sólo hay que pensar en la cuestión del cuidado de nuestra casa común. De hecho, el propio medioambiente «es un préstamo que cada generación recibe y debe transmitir a la generación siguiente» [9]. Por ello, tenemos que apreciar y alentar a los numerosos jóvenes que se esfuerzan por un mundo más justo y atento a la salvaguarda de la creación, confiada a nuestro cuidado. Lo hacen con preocupación y entusiasmo y, sobre todo, con sentido de responsabilidad ante el urgente cambio de rumbo [10] que nos imponen las dificultades derivadas de

la crisis ética y socio-ambiental actual [11].

Por otra parte, la oportunidad de construir juntos caminos hacia la paz no puede prescindir de la educación y el trabajo, lugares y contextos privilegiados para el diálogo intergeneracional. Es la educación la que proporciona la gramática para el diálogo entre las generaciones, y es en la experiencia del trabajo donde hombres y mujeres de diferentes generaciones se encuentran ayudándose mutuamente, intercambiando conocimientos, experiencias y habilidades para el bien común.

### **3. La instrucción y la educación como motores de la paz**

El presupuesto para la instrucción y la educación, consideradas como un gasto más que como una inversión, ha disminuido significativamente a nivel mundial en los últimos años. Sin embargo, estas constituyen los principales vectores de un desarrollo humano integral: hacen a la persona más libre y responsable, y son indispensables para la defensa y la promoción de la paz. En otras palabras, la instrucción y la educación son las bases de una sociedad cohesionada, civil, capaz de generar esperanza, riqueza y progreso.

Los gastos militares, en cambio, han aumentado, superando el nivel registrado al final de la «guerra fría», y parecen destinados a crecer de modo exorbitante [12].

Por tanto, es oportuno y urgente que cuantos tienen responsabilidades de gobierno elaboren políticas económicas que prevean un cambio en la relación entre las inversiones públicas destinadas a la educación y los fondos reservados a los armamentos. Por otra parte, la búsqueda de un proceso real de desarme internacional no puede sino causar grandes beneficios al desarrollo de pueblos y naciones, liberando recursos financieros que se empleen de manera más apropiada para la salud, la escuela, las infraestructuras y el cuidado del territorio, entre otros.

Me gustaría que la inversión en la educación estuviera acompañada por un compromiso más consistente orientado a promover la cultura del cuidado [13]. Esta cultura, frente a las fracturas de la sociedad y a la inercia de las instituciones, puede convertirse en el lenguaje común que rompa las barreras y construya puentes. «Un país crece cuando sus diversas riquezas culturales dialogan de manera constructiva: la cultura popular, la universitaria, la juvenil, la artística, la tecnológica, la cultura

económica, la cultura de la familia y de los medios de comunicación» [14]. Por consiguiente, es necesario forjar un nuevo paradigma cultural a través de «un pacto educativo global para y con las generaciones más jóvenes, que involucre en la formación de personas maduras a las familias, comunidades, escuelas y universidades, instituciones, religiones, gobernantes, a toda la humanidad» [15]. Un pacto que promueva la educación a la ecología integral según un modelo cultural de paz, de desarrollo y de sostenibilidad, centrado en la fraternidad y en la alianza entre el ser humano y su entorno [16].

Invertir en la instrucción y en la educación de las jóvenes generaciones es el camino principal que las conduce, por medio de una preparación específica, a ocupar de manera provechosa un lugar adecuado en el mundo del trabajo [17].

#### **4. Promover y asegurar el trabajo construye la paz**

El trabajo es un factor indispensable para construir y mantener la paz; es expresión de uno mismo y de los propios dones, pero también es compromiso, esfuerzo, colaboración con otros, porque se trabaja siempre con o por alguien. En esta perspectiva marcadamente social, el trabajo es el lugar donde aprendemos a ofrecer nuestra contribución por un mundo más habitable y hermoso.

La situación del mundo del trabajo, que ya estaba afrontando múltiples desafíos, se ha visto agravada por la pandemia de Covid-19. Millones de actividades económicas y productivas han quebrado; los trabajadores precarios son cada vez más vulnerables; muchos de aquellos que desarrollan servicios esenciales permanecen aún más ocultos a la conciencia pública y política; la instrucción a distancia ha provocado en muchos casos una regresión en el aprendizaje y en los programas educativos. Asimismo, los jóvenes que se asoman al mercado profesional y los adultos que han caído en la desocupación afrontan actualmente perspectivas dramáticas.

El impacto de la crisis sobre la economía informal, que a menudo afecta a los trabajadores migrantes, ha sido particularmente devastador. A muchos de ellos las leyes nacionales no los reconocen, es como si no existieran. Tanto ellos como sus familias viven en condiciones muy precarias, expuestos a diversas formas de esclavitud y privados

de un sistema de asistencia social que los proteja. A eso se agrega que actualmente sólo un tercio de la población mundial en edad laboral goza de un sistema de seguridad social, o puede beneficiarse de él sólo de manera restringida. La violencia y la criminalidad organizada aumentan en muchos países, sofocando la libertad y la dignidad de las personas, envenenando la economía e impidiendo que se fomente el bien común. La respuesta a esta situación sólo puede venir a través de una mayor oferta de las oportunidades de trabajo digno.

El trabajo, en efecto, es la base sobre la cual se construyen en toda comunidad la justicia y la solidaridad. Por eso, «no debe buscarse que el progreso tecnológico reemplace cada vez más el trabajo humano, con lo cual la humanidad se dañaría a sí misma. El trabajo es una necesidad, parte del sentido de la vida en esta tierra, camino de maduración, de desarrollo humano y de realización personal» [18]. Tenemos que unir las ideas y los esfuerzos para crear las condiciones e inventar soluciones, para que todo ser humano en edad de trabajar tenga la oportunidad de contribuir con su propio trabajo a la vida de la familia y de la sociedad.

Es más urgente que nunca que se promuevan en todo el mundo condiciones laborales decentes y dignas, orientadas al bien común y al cuidado de la creación. Es necesario asegurar y sostener la libertad de las iniciativas empresariales y, al mismo tiempo, impulsar una responsabilidad social renovada, para que el beneficio no sea el único principio rector.

En esta perspectiva hay que estimular, acoger y sostener las iniciativas que instan a las empresas al respeto de los derechos humanos fundamentales de las trabajadoras y los trabajadores, sensibilizando en ese sentido no sólo a las instituciones, sino también a los consumidores, a la sociedad civil y a las realidades empresariales. Estas últimas, cuanto más conscientes son de su función social, más se convierten en lugares en los que se ejercita la dignidad humana, participando así a su vez en la construcción de la paz. En este aspecto la política está llamada a desempeñar un rol activo, promoviendo un justo equilibrio entre la libertad económica y la justicia social. Y todos aquellos que actúan en este campo, comenzando por los trabajadores y los empresarios católicos, pueden encontrar orientaciones seguras en la doctrina social de la Iglesia.

Queridos hermanos y hermanas: Mientras intentamos unir los esfuerzos para salir de la pandemia, quisiera renovar mi agradecimiento a cuantos se han comprometido y continúan dedicándose con generosidad y responsabilidad a garantizar la instrucción, la seguridad y la tutela de los derechos, para ofrecer la atención médica, para facilitar el encuentro entre familiares y enfermos, para brindar ayuda económica a las personas indigentes o que han perdido el trabajo. Aseguro mi recuerdo en la oración por todas las víctimas y sus familias.

A los gobernantes y a cuantos tienen responsabilidades políticas y sociales, a los pastores y a los animadores de las comunidades eclesiales, como también a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, hago un llamamiento para que sigamos avanzando juntos con valentía y creatividad por estos tres caminos: el diálogo entre las generaciones, la educación y el trabajo. Que sean cada vez más numerosos quienes, sin hacer ruido, con humildad y perseverancia, se conviertan cada día en artesanos de paz. Y que siempre los preceda y acompañe la bendición del Dios de la paz.

Vaticano, 8 de diciembre de 2021

## Francisco

---

[1] Cf. Carta enc. *Populorum progressio* (26 marzo 1967), 76ss.

[2] Cf. Carta enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 49 .

[3] Cf. Carta enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 231.

[4] *Ibíd.*, 218.

[5] *Ibíd.*, 199.

[6] *Ibíd.*, 179.

[7] Cf. *ibíd.*, 180.

[8] Exhort. ap. postsin. *Christus vivit* (25 marzo 2019), 199.

[9] Carta enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 159.

[10] Cf. *ibíd.*, 163; 202.

[11] Cf. *ibíd.*, 139.

[12] Cf. *Mensaje a los participantes en el 4º Foro de París sobre la paz*, 11-13 noviembre 2021.

[13] Cf. Carta enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 231; *Mensaje para la LIV Jornada Mundial de la Paz. La cultura del cuidado como camino de paz* (8 diciembre 2020).

[14] Carta enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 199.

[15] *Videomensaje con ocasión del Encuentro «Global Compact on Education. Together to Look Beyond»* (15 octubre 2020).

[16] Cf. *Videomensaje con ocasión de la Cumbre virtual de alto nivel sobre retos climáticos* (12 diciembre 2020).

[17] Cf. S. Juan Pablo II, Carta enc. *Laborem exercens* (14 septiembre 1981), 18.

[18] Carta enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 128.

## Presentación del trabajo

### Cuestionario para el trabajo comunitario del mensaje

#### 1. El papa habla del dialogo intergeneracional:

a. ¿Qué entiendes tu por «dialogo intergeneracional»?

b. ¿Cómo crees que se puede afrontar el dialogo entre las distintas generaciones a nivel familiar, parroquial, social...?

#### 2. El punto 3 nos habla sobre la instrucción y la educación:

*«Éstas constituyen los principales vectores de un desarrollo humano integral: hacen a la persona más libre y responsable, y son indispensables para la defensa y la promoción de la paz. En otras palabras, la instrucción y la educación son las bases de una sociedad cohesionada, civil, capaz de generar esperanza, riqueza, progreso».*

Comenta estas frases.

3. ¿Cómo piensas que se podría promover la «cultura del cuidado» en los ambientes donde te mueves?

4. El Papa habla de las fracturas de la sociedad y la inercia de las instituciones... ¿qué opinas de esta afirmación? ¿Crees que las instituciones, en general, se mueven por inercia?



5. *«El trabajo es una necesidad, parte del sentido de la vida en esta tierra, camino de maduración, de desarrollo humano y de realización personal....»*

En tu trabajo diario ¿te ves reflejado en cada una de estas afirmaciones?

**6. Comenta los siguientes testimonios recogidos en el MANIFIESTO DE LA INICIATIVA IGLESIA POR EL TRABAJO DECENTE (ITD) de 07 de octubre de 2021:**

• «Al ser jóvenes se llega a la conclusión de que nos podemos conformar con cualquier cosa/ condición con el fin de poder ganar experiencia. Con esto me refiero a trabajar horas extra o realizar cierres con mucha más frecuencia de la acordada» (Rita, 20 años).

• «Lo que más frustra y te hace sentir inseguridad es que te pidan experiencia, pero no te den la posibilidad de conseguir esa experiencia, rechazándote desde el principio por ser joven». (Carmen, 23 años).

4.1. Una presentación audiovisual del mensaje.

4.2. Experiencias y propuestas.

4.2.1. Camboya: un diálogo entre mayores y jóvenes.

4.2.2 Educar la mente para construir la paz.

4.2.3. La propuesta del «Pacto Educativo Global».

4.2.4. Trabajo decente para «construir paz».

### 4.1. Una presentación audiovisual del mensaje

Presentación de *Justicia y Paz* a modo de vídeo.

<https://www.youtube.com/watch?v=HdrcvaHx0ek>

### 4.2. Experiencias y propuestas:

#### 4.2.1. Camboya: un diálogo entre mayores y jóvenes

¿Qué podemos hacer para que esto no vuelva a suceder», lanza desafiante, al público, el joven actor, con la espalda encorvada, como si fuera un anciano y una mano temblorosa sobre el garrote? El actor representa la obra en jemer, con subtítulos en inglés en la pantalla. Por un momento, el mensaje permanece estático. Se hace un silencio en la sala. Parte de la audiencia son señoras y señores entre 50 y 60 años; supervivientes del genocidio camboyano.

Es un sábado por la mañana en Meta House, el Centro Cultural Camboiano-alemán de Phnom Penh y se representa *La tortuga valiente*, una obra de teatro de 45 minutos pensada para colegios, con el objetivo de que los niños entiendan su pasado para construir su futuro. Una de las patas de proyecto es promover un diálogo intergeneracional entre víctimas y jóvenes. Desde que comenzaron en 2015, se ha representado en 180 centros, para unos 14.000 alumnos y continuará hasta finales de 2017. A las escuelas, asisten varias de las víctimas y tras el acto, se abre un debate.

La obra narra la historia de Panha, un estudiante de Secundaria, que conoce lo que es el *valor ciudadano* a través de un encuentro fortuito con un excomandante de los jemeres rojos. De pronto, «el joven se da cuenta de que el pasado, el presente y el futuro están conectados y todos tenemos un papel que jugar en ellos», explica en el vídeo sobre el proyecto, una de las guionistas, Chea Sokyou, de 30 años. El protagonista tiene como mascota a una tortuga, que se esconde en su caparazón en vez de afrontar los problemas.

La interpretación aborda uno de los episodios más crueles de la historia de Camboya y del siglo XX, el genocidio de los jemeres rojos. Entre 1975 y 1979, el régimen de Pol Pot, que perseguía una utopía agraria, evacuó las zonas urbanas de Camboya; abolió las escuelas y el dinero; prohibió las lenguas extranjeras y forzó a trabajar en el campo sin apenas alimento a niños y mayores. Se calcula que murieron de hambre, fatiga, torturados o ejecutados, en esos cuatro años, alrededor de 1,7 millones de camboyanos (un cuarto de la población del país).

Desde que comenzaron en 2015, la obra se ha representado en 180 centros, para unos 14.000 alumnos y continuará hasta finales de 2017

*-Entonces, ¿qué deberíamos hacer para prevenir esta tragedia de nuevo? -insiste el actor.*

*-Deberíamos ser valientes -interrumpe una mujer menuda, de camisa floreada, falda y chanclas, entre el público-. Es una de las supervivientes del genocidio.*

*-No sé cómo nos pudo pasar. No lo sé. Tenía miedo. Pero hoy hubiese sido valiente -reflexiona en voz alta otra de las víctimas-.*

«Los chicos de hoy no saben mucho sobre el tema y como alemán, por nuestra Historia, pensé que era algo que teníamos que hacer», explica días después, en su despacho, Nicolaus Mesterharm, fundador de Meta House, que se considera «un facilitador» de esta aventura.

Una de las patas del proyecto es promover un diálogo intergeneracional entre víctimas y jóvenes.

A Sum Rithy, de 62 años, las marcas en manos y brazos le recuerdan cada día lo que le hicieron: «Me ataron justo aquí y me arrojaron agua hirviendo», explica gesticulando, sin subir el tono. Rithy declaró en uno de los juicios por parte de las víctimas y también participó en las representaciones previas a la obra de teatro: «Creo que los jóvenes deben saber lo que nos pasó».

Tras la representación los jóvenes hacían comentarios muy interesantes: «Uno de ellos nos dijo que la juventud no era capaz de interpretar la dureza que vivieron, así que sería mejor que ellos fuesen los actores». Otro, que «tendría que haber más violencia en la escena porque en la realidad la hubo».

¿Qué deberíamos hacer para prevenir esta tragedia del nuevo? «Deberíamos ser valientes», responde una superviviente

El proyecto cuenta con una presencia fuerte en Internet y en las redes sociales. «Porque pensamos que el niño que ve la obra en clase puede después indagar en Internet». Han grabado un documental y han fotografiado a las víctimas con sus mensajes.

Los organizadores esperan que *La tortuga valiente* sea solo un primer paso. Les gustaría usar la experiencia para nuevas piezas, «por ejemplo, sobre el consumo de drogas, un gran problema aquí o la violencia de género».

Lola García Ajofrín. Diario El País. Planeta Futuro. 13/12/2016

#### **4.2.2. Educar la mente para construir la paz**

Capítulo del estudio **Hábitos de paz y diálogos intergeneracionales: el aporte de las personas mayores a la construcción de paz en Colombia**. Correa-Montoya, Lucas; Montoya, Soraya y Acevedo, Martha Isabel. (2015). Editorial Fundación Saldarriaga Concha. Bogotá, D.C. Colombia. 50p.

[https://www.saldarriagaconcha.org/wp-content/uploads/2019/01/pm\\_habitos\\_paz\\_dialogo.pdf](https://www.saldarriagaconcha.org/wp-content/uploads/2019/01/pm_habitos_paz_dialogo.pdf)

Una paz sostenible y duradera no puede estar basada exclusivamente en los acuerdos políticos y económicos de las élites en conflicto, alejados de la realidad de las personas comunes y corrientes. Para que sean exitosos, los procesos de construcción de paz deben garantizar la apropiación y participación local. Y ello no se logra mediante un proceso vertical que descende de las élites políticas y de los centros de poder hacia el territorio, sino que requiere también de un proceso que se gesta en las personas, en las familias, en las comunidades y que se extiende a la sociedad en general.

Como lo plantea el preámbulo de la Constitución de la Unesco: puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz. Lastimosamente, la dimensión humana y local no son una prioridad en los procesos de construcción de paz: reconocemos fácilmente que la paz concierne a todos en abstracto, pero no la hacemos un asunto propio en lo concreto; nos gusta desear la paz, pero nos cuesta hacerla una prioridad de nuestro trabajo (Suter, 1996). El reto es entonces trascender las ideas generales sobre la paz, y transformarlas en acciones, hábitos y patrones de conducta que todas las personas puedan poner en práctica e infundir en la familia y la comunidad.

Para construir una paz sostenible y duradera se requiere transformar la ética dominante, que justifica e internaliza la violencia, la guerra y el conflicto; una ética que se difunde masivamente en la comunidad y se perpetúa de las generaciones más viejas a las más jóvenes. En muchos casos, dicha ética dominante ofrece narrativas de la realidad tendenciosas, poco objetivas y distorsionadas. Los ejercicios de construcción de paz y de educación para la paz deben enfocarse en esas narrativas de

violencia, desconfianza, sospecha, intolerancia y desesperanza presentes en las personas, las familias y las comunidades, para transformarlas en tolerancia, entendimiento mutuo, respeto, solidaridad y capacidad de solucionar los conflictos sin recurrir a la violencia (Symonides y Singh, 1996; Bar-Tal y Rosen, 2009; Nastase, 1983), es decir, que las personas vivan y practiquen cotidianamente una cultura de paz.

La cultura de paz incluye las acciones prácticas cotidianas y el conocimiento de las personas – de todas las personas, no únicamente de las élites o de los jóvenes – que desarrollan patrones y habilidades pacíficas y de no violencia. Se refiere a que la sociedad y los actos de las personas estén permeados de estándares éticos y morales de comportamiento humano, entendimiento mutuo y empatía, todos ellos orientados a la cooperación pacífica y al mejoramiento de la condición humana. La cultura de paz exige el rechazo y el repudio de la violencia; pero no puede quedarse en ese repudio, debe trascender a una visión positiva de paz a partir de la cual las personas saben qué hacer, cómo comportarse y cómo reaccionar (Symonides y Singh, 1996; Thee, 1996).

La cultura de paz no deriva automáticamente de la firma de los acuerdos, del cese de hostilidades ni de otros componentes de la construcción de paz como el control de la violencia y la criminalidad, el fortalecimiento del Estado, la promoción del desarrollo social o la reparación a las víctimas: la paz puede y debe ser aprendida y enseñada. Las personas y la sociedad pueden entender que la paz es posible y deseable, y que de los ciudadanos depende que se logre y se mantenga, o mejor, que sin ellos un proceso de construcción de paz es débil y difícilmente sostenible y duradero (Reardon, 2012). Solo a partir de la educación es posible introducir valores, habilidades y conocimientos que forman la base del respeto por la paz, los derechos humanos y los principios democráticos. La educación es un medio importante para eliminar la sospecha, la ignorancia, los estereotipos y al mismo tiempo promover los ideales de paz, la tolerancia y la no violencia. La educación no solo sirve para fortalecer la creencia en que la paz es un valor fundamental y para crear una mentalidad no violenta, sino para moldear una actitud de involucramiento no violento y de responsabilidad para con la paz en los ámbitos local, nacional, regional y global (Symonides y Singh, 1996; Thee, 1996).

### 4.2.3. La propuesta del «Pacto Educativo Global»

El papa Francisco convocó el 12 de septiembre de 2019 un evento mundial para el 14 de mayo de 2020 con el tema: «Reconstruir el pacto educativo global». Espigamos algunas palabras muy elocuentes de su convocatoria:

Un encuentro para reavivar el compromiso por y con las jóvenes generaciones, renovando la pasión por una educación más abierta e incluyente, capaz de la escucha paciente, del diálogo constructivo y de la mutua comprensión. Hoy más que nunca, es necesario unir los esfuerzos por una alianza educativa amplia para formar personas maduras, capaces de superar fragmentaciones y contraposiciones y reconstruir el tejido de las relaciones por una humanidad más fraterna.

El mundo contemporáneo está en continua transformación y se encuentra atravesado por múltiples crisis. Vivimos un cambio de época: una metamorfosis no sólo cultural sino también antropológica que genera nuevos lenguajes y descarta, sin discernimiento, los paradigmas que la historia nos ha dado. La educación afronta la llamada rapidación, que encarcela la existencia en el vórtice de la velocidad tecnológica y digital, cambiando continuamente los puntos de referencia. En este contexto, la identidad misma pierde consistencia y la estructura psicológica se desintegra ante una mutación incesante que «contrasta la natural lentitud de la evolución biológica» (Carta enc. *Laudato si'*, 18).

Sin embargo, cada cambio necesita un camino educativo que involucre a todos. Para ello se requiere construir una «aldea de la educación» donde se comparta en la diversidad el compromiso por generar una red de relaciones humanas y abiertas. Un proverbio africano dice que «para educar a un niño se necesita una aldea entera». Por lo tanto, debemos construir esta aldea como condición para educar. El terreno debe estar saneado de la discriminación con la introducción de la fraternidad, como sostuve en el Documento que firmé con el Gran Imán de Al-Azhar, en Abu Dabi, el pasado 4 de febrero.

En una aldea así es más fácil encontrar la convergencia global para una educación que sea portadora de una alianza entre todos los componentes de la persona: entre el estudio y la vida; entre las generaciones; entre los docentes, los estudiantes, las familias y la sociedad civil con sus expresiones intelectuales, científicas, artísticas, deportivas, políticas, económicas y solidarias.

Una alianza entre los habitantes de la Tierra y la «casa común», a la que debemos cuidado y respeto. Una alianza que suscite paz, justicia y acogida entre todos los pueblos de la familia humana, como también de diálogo entre las religiones.

Para alcanzar estos objetivos globales, el camino común de la «aldea de la educación» debe llevar a dar pasos importantes.

En primer lugar, tener la valentía de colocar a la persona en el centro. Para esto se requiere firmar un pacto que anime los procesos educativos formales e informales, que no pueden ignorar que todo en el mundo está íntimamente conectado y que se necesita encontrar – a partir de una sana antropología – otros modos de entender la economía, la política, el crecimiento y el progreso. En un itinerario de ecología integral, se debe poner en el centro el valor propio de cada criatura, en relación con las personas y con la realidad que las circunda, y se propone un estilo de vida que rechace la cultura del descarte.

Otro paso es la valentía de invertir las mejores energías con creatividad y responsabilidad. La acción propositiva y confiada abre la educación hacia una planificación a largo plazo, que no se detenga en lo estático de las condiciones. De este modo tendremos personas abiertas, responsables, disponibles para encontrar el tiempo para la escucha, el diálogo y la reflexión, y capaces de construir un tejido de relaciones con las familias, entre las generaciones y con las diversas expresiones de la sociedad civil, de modo que se componga un nuevo humanismo.



Otro paso es la valentía de formar personas disponibles que se pongan al servicio de la comunidad. El servicio es un pilar de la cultura del encuentro: «Significa inclinarse hacia quien tiene necesidad y tenderle la mano, sin cálculos, sin temor, con ternura y comprensión, como Jesús se inclinó a lavar los pies a los apóstoles. Servir significa trabajar al lado de los más necesitados, establecer con ellos ante todo relaciones humanas, de cercanía, vínculos de solidaridad». En el servicio experimentamos que hay más alegría en dar que en recibir (cf. Hch 20,35). En esta perspectiva, todas las instituciones deben interpelarse sobre la finalidad y los métodos con que desarrollan la propia misión formativa.

#### 4.2.4. Trabajo decente para «construir paz»

Recogemos en este último texto el «MANIFIESTO DE LA INICIATIVA IGLESIA POR EL TRABAJO DECENTE (ITD)» del 7 de octubre de 2021, que enlaza con la propuesta del Mensaje de la Jornada de la Paz 2022, del «trabajo» como un instrumento para construir la paz. Pero claro, un «trabajo digno», un «trabajo decente». El Manifiesto está firmado por estos colectivos cristianos: Cáritas, CONFER, HOAC, Justicia y Paz, Juventud Estudiante Católica y JOC. Este es el Manifiesto:

#### **Ahora más que nunca trabajo Decente**

**Por séptimo año consecutivo, las organizaciones que integramos la Iniciativa Iglesia por el Trabajo Decente (ITD) celebramos y reivindicamos el trabajo como derecho y medio para desarrollarnos, crear y realizarnos como personas en esta Jornada Mundial por el Trabajo Decente.**

El 9 de mayo de 2021 se puso fin al estado de alarma establecido en España el 14 de marzo de 2020 a causa de la COVID19. En plena pandemia hemos sido testigos e incluso sufrido (en primera persona o a través de familiares, amistades, etc.) la precariedad en el mundo del trabajo: personal de limpieza y sanitario sin Equipos de Protección

Individual; las condiciones laborales y falta de medidas de prevención en riesgos para la salud de las trabajadoras de hogar; personas teletrabajando sin disponer de medios tecnológicos y dispositivos por parte de la empresa; trabajadores y trabajadoras que, a pesar de estar en ERTE se han visto obligados a teletrabajar desde casa; horas extras realizadas, además de otras precariedades laborales (*hostelería, economía sumergida, falsos autónomos, contratos en prácticas, etc.*) que precisamente por esa precarización no han podido acceder a ERTE o cualquier tipo de escudo social. Por otro lado, si hablamos de acceso al trabajo, el modelo de relaciones laborales actual no asegura acceder a un trabajo decente que permita atender necesidades básicas como llegar a fin de mes, conciliar la vida laboral y familiar, el acceso a la vivienda, la seguridad y salud laboral, la participación social, etc; hecho que afecta especialmente a jóvenes y mujeres, víctimas de una de las mayores tasas de desempleo, trabajos peor remunerados y elevada rotación, entre otros.

«Al ser jóvenes se llega a la conclusión de que nos podemos conformar con cualquier cosa / condición con el fin de poder ganar experiencia. Con esto me refiero a trabajar horas extra o realizar cierres con mucha más frecuencia de la acordada» (Rita, 20 años).

«Lo que más frustra y te hace sentir inseguridad es que te pidan experiencia pero no te den la posibilidad de conseguir esa experiencia, rechazándote desde el principio por ser joven». (Carmen, 23 años).

La nueva «normalidad» no puede ser la precariedad que venimos sufriendo desde antes de la pandemia. **El trabajo es expresión de amor**, de entrega, nuestra contribución singular y única a la construcción de una sociedad más justa e igualitaria, sin explotación ni opresión de ningún tipo; es nuestra apuesta por crear comunidad para conseguir que esté a la altura de la persona y su dignidad. Hoy en día, persisten en el funcionamiento de la sociedad muchas formas de injusticia en el mundo, alimentadas por un modelo económico basado en el beneficio, que no duda en explotar y descartar a la persona; ante estas situaciones **precisamos** desarrollar una moral colectiva en la que defender el trabajo como expresión de la dignidad humana frente al individualismo

y comodidad; medios y herramientas para conocer nuestros derechos laborales. Por eso, en **esta Jornada Mundial por el Trabajo Decente, desde ITD reivindicamos:**

- Que el Estado ponga todas las herramientas y medios humanos necesarios para asegurar el cumplimiento de la normativa sobre las condiciones de trabajo y prevención de riesgos laborales. Haciendo hincapié en las condiciones inhumanas en las que siguen viviendo muchas personas trabajadoras temporeras en asentamientos de zonas hortofrutícolas.
- Asegurar un empleo de calidad en los sectores privado y público; disminuyendo la contratación temporal y parcial e impulsando la contratación indefinida y la jornada completa.
- Medidas de orientación y formación, no solo para personas desempleadas, sino accesibles a todas las personas trabajadoras, especialmente para aquéllas que sufren subempleo y precariedad en el empleo.
- La subida del Salario Mínimo, para que se ajuste a las necesidades vitales de la sociedad actual, y que familias sin ingresos tengan una defensa real y la posibilidad de salir adelante; con especial atención a los posibles perceptores del IMV que no pueden acceder a esa cobertura a causa de las trabas administrativas.
- Modificar el Reglamento de Extranjería para evitar la caída en situación de irregularidad sobrevenida de las personas migrantes.

«En una sociedad realmente desarrollada el trabajo es una dimensión irrenunciable de la vida social, ya que no sólo es un modo de ganarse el pan, sino también un cauce para el crecimiento personal, para establecer relaciones sanas, para expresarse a sí mismo, para compartir dones, para sentirse corresponsable en el perfeccionamiento del mundo, y en definitiva para vivir como pueblo». (*Fratelli Tutti* 162).

Como movimientos de Iglesia trabajamos en equipo con el fin de visibilizar el derecho del trabajo decente; que sea una realidad real en la vida de las personas y respete nuestra casa común. Os animamos a participar en los actos reivindicativos y celebrativos en todas las plazas y parroquias de las diócesis, en su organización y difusión.

